



Lo principal: la verdad

AUTOCRITICA DE UNA PROFESION

por ADOLFO JANKELEVICH

fotos de RICARDO VASQUEZ

ME llamó el Director y perentoriamente me conminó: Vaya y entreviste a Emilio Filippi. Lo que aparentemente puede parecer que era fácil, ya que me tocaría entrevistar a uno de la profesión, que sabe lo que es entregar el material antes de la fatídica fecha de cierre. Pero cuando este periodista tiene múltiples e importantes tareas como ser Asesor periodístico de Zig-Zag a la par con la presidencia del Colegio Nacional de Periodistas, la cosa se pone oscura. Sin embargo, llegamos hasta su oficina en el 5º piso del edificio de Avda. Sta. María. Nos recibe entre sus breves coloquios con los directores de las revistas que le llevan "los azules", o sea, las pruebas de sus publicaciones para que les ponga el Vº Bº.

Entro en materia de inmediato y le solicito que me defina lo que es Periodismo. Medita un poco y dice:

—El periodismo es una profesión a través de la cual la opinión pública tiene la capacidad de expresarse. Tiene un instrumento que se llama los periodistas, que a su vez son instrumentos activos, ya que no son sólo voceros sino que están capacitados para la formación de la opinión pública.

Sin dejarlo hacer una pausa le pido su definición de lo que es un periodista.

—Fundamentalmente es un servidor de la verdad, tal como consta en el Artículo 1º y en su primera línea de nuestra Carta Fundamental. Esto significa que al periodista no le está permitido decir sino la verdad, aún teniendo una definición

ideológica propia, aún teniendo una barricada.

El problema de la verdad es relativamente difícil ya que el periodista debe constatar hechos. Estos hechos debe investigarlos ya sea recurriendo a una fuente informativa fidedigna de fe o bien preguntando todo aquello que le sirva para dar a conocer lo sucedido. Pero hay que decir los hechos tal como fueron, honestamente investigados, sin prejuicios de ninguna índole. Puede opinarse sobre un hecho siempre que se dé a conocer tal como son.

Hay muchos críticos que opinan que el Periodismo se ha tornado un tanto personalista, el periodista ha pasado a ser noticia

Al frente

"...no, no me duele ser ahora un administrativo"

De la vuelta

y miserias ajenas, debe prescindir de sus propios dolores y alegrías. Toda su sensibilidad y capacidad de captación intelectual están dirigidas a absorber toda mutación dolorosa o placentera de su medio ambiente, y a proyectarla organizada y positivamente después.

El primer mandamiento que recibe el novel reportero en la redacción de cualquier medio informativo es aquél de que LOS PERIODISTAS NO TIENEN HORARIO. Todo descanso o posibilidad de vivir la propia realidad está subordinada al acontecer ajeno, porque "las noticias no tienen jornada única, ni días festivos".

Así, poco a poco, el periodista organiza su existencia al margen de los otros miembros de la sociedad, ahondando el primitivo aislamiento que le impone la "asociabilidad" de su profesión.

Su hogar vive a un ritmo distinto; sus relaciones afectivas, su situación familiar o sus responsabilidades de ciudadanos pueden quedar neutralizadas o ser desplazadas en cualquier instante por una crisis de gabinete; el hundimiento de un barco; o la caída de un avión; pues sin ser protagonista de ellos, debe hacer de cada suceso noticioso una vivencia propia.

De esta implacable necesidad de olvidarse de sí mismo surge su condición enajenada. Ahí se encuentran los orígenes de los fracasos matrimoniales, que siete de cada diez periodistas registran en su simulacro de vida privada; ahí están también las raíces de esa bohemia no siempre alegre que en una época fue característica del gremio.

Finalmente el "formador de opinión pública"

encara en el desempeño de su función social otra situación de proyecciones dramáticas. Obligado a alternar con todos los elementos integrantes de la colectividad corre el peligro de perder la perspectiva de sus propias limitaciones.

Al recorrer en un mismo día los alfombrados pasillos del Congreso y los nauseabundos callejones de una población marginal; al enfrentar en un lapso de horas —y a veces de minutos— la sórdida baja de un delincuente y la elevada condición de un artista o un científico; al desplazarse en sólo una jornada de los elegantes comedores de un hotel de lujo al oscuro restaurante en que en un sencillo plato le devolverá parte de las energías gastadas; el periodista va dislocando su misma naturaleza humana.

Sújeto a una remuneración insuficiente, desproporcionadamente baja en relación a su esfuerzo y al valor de su servicio; atado por lo general a un estrato intermedio del cuadro social; siente que su labor le origina necesidades o inquietudes que sobrepasan sus límites. Obligado a poseer base cultural sólida, no dispone de tiempo ni de dinero para cultivarse en la medida de esa exigencia. Su profesión demanda impecable presentación personal y un organismo sano y capacitado para resistir toda clase de contingencias. Sin embargo, no siempre el tiempo y dinero le permiten disponer del atuendo adecuado o del reposo reconfortante.

Todo este esquema íntimo hace del periodista un elemento conflictivo y desarraigado que, en cierta forma parodia la clásica tragedia de Garrick, con la diferencia de que él nunca dispone del aliviador opiáceo del aplauso o del deslumbramiento embrutecedor de las candilejas.





"Sería feliz con un hijo periodista"

y ésta desaparece un tanto ante la personalidad del que la da a conocer. Filippi escucha, sonríe y calmadamente dice:

—No es de hoy este exceso de personalismo. Es de muchos años atrás. Había periodistas personalistas que sólo pasaron a segundo plano cuando se recibió la influencia del periodismo norteamericano: impersonal, donde el periodista actuaba en las bambalinas. Después llegó la nueva etapa en la cual se erige como testigo bastante activo y que opina sobre ciertos hechos.

Es cierto que hay algunos periodistas que están en el tiempo antiguo pero, en definitiva, es el público quien los identifica.

Con malicia le llevo al terreno de la libertad de prensa. Al decirle si cree en que ésta realmente existe, afirma:

—Existe la libertad de prensa, que como toda libertad tiene sus abusos, los cuales no hacen sino justificar la existencia de normas que van más allá de las reglas individuales; son normas profesionales en que dan cuenta a su conciencia y a su Colegio.

Los defectos de la Prensa en Chile no provienen de su libertad sino de la calidad de las personas que la ejercen, que muchas veces está por debajo de la exigencia de la profesión.

Agrega con energía:

—El uso de la libertad de prensa es muy honesto y honra a Chile. Cada vez que alguien trata de coartarla, se alza indignada la opinión Pública.

La prensa de Chile es extraordinaria; es sana, es universal, es amplia. No es personalista. Es un orgullo y hay que respetarla y defenderla. Me siento orgulloso de ser periodista en Chile.

Le planteo el problema de la llamada prensa roja o crónica roja. Cual es su posición frente a ella.

—Ganar dinero con la Crónica Roja es reprobable. Opino así porque el Colegio profesional es opuesto a la crónica roja. Creo, eso sí, que el periodismo es un reflejo de un estado social y de un estado cultural. Tiene éxito la crónica roja cuando ese estado social-cultural están aptos para ella. La crónica roja no es una causa sino una consecuencia.

Querer combatirla con la política del avestruz es sólo postergar la solución. A medida que avance el plan educacional y las medidas políticas la crónica roja se va haciendo cada vez menos apetecida. Y si no fíjese Ud.: hay mucho menos crónica roja que hace 10 o 15 años atrás cuando nació en Chile. Ello se debe a que el país ha avanzado culturalmente.

No resisto el preguntarle donde está el límite entre él yo y la idea que representa la labor del periodista profesional.

—El límite está en el momento en que se trasgrede la ética. Lo que no es ético para la profesión no puede ser ético para la causa. El límite yace donde reina la dignidad de servirla de acuerdo con el honor y la ética, y lo que no está de acuerdo con el punto principal: servir la verdad.

Me acuerdo que es profesor de una Escuela de Periodismo. ¿Cree que salen bien preparados los que egresan?

—Las Escuelas de Periodismo entregan al muchacho un "background" cultural indispensable para ejercer la profesión ya que quien está ajeno a la cultura no ejercerá nunca bien la profesión de periodista. Pero además se necesita otra condición: la vocación, que es el gusto por una profesión y la capacidad de ejercerla. No basta el gusto sino que además hay que ser capaz de ejercer la profesión que nos atrae.

Le intercalo una objeción sobre los que quieren seguir periodismo: hay cierta sofisticación en torno a ello.

—Sí, es cierto, pero es que pasa lo que sucedió con la carrera de leyes. Todos quieren seguirla porque sólo había clases en la mañana y porque exigía el puntaje más bajo en el bachillerato. Pero ello es un riesgo de la Universidad, no de la profesión. Le repito: sin vocación no se saca nada con tener 20 diplomas. Hay que tener condiciones elementales. Pero la Universidad lo está corrigiendo, lo está mejorando. Hay mucha estrictez en las Comisiones que han tomado los exámenes de aptitud específica y con muy buena política, la Universidad las ha integrado en su gran mayoría con periodistas.

Le pregunto que pasará con los periodistas antiguos ante las nuevas generaciones de periodistas egresados de las Universidades.

—Hay 2 ó 3 clases de periodistas antiguos: los que superaron la barrera del sonido y se cultivaron, llegando a ser inclusive profesores universitarios sin haber pasado por una escuela de periodismo. Ellos generalmente venían de la Escuela de Leyes, con una formación más que universitaria, llena de experiencia, que no tienen que temer sino que enseñarles a las generaciones nuevas.

Hay muchos que se quedaron, que no hicieron nada por mejorar su cultura. Pero esto pasa en todas partes.



Ser asesor es variado y, por ende, entretenido

¿Cree en los resultados de las Escuelas?

—El esfuerzo ha sido de resultados difíciles. Ha sido una gestación difícil, sin embargo, hay gente que ya son directores y han egresado de esas escuelas. Les ha costado mucho adaptarse, les ha costado muchos años de pisar un suelo resbaladizo, pero están en una etapa de fortalecimiento y de autocrítica de las Escuelas de Periodismo. Es una autocrítica severísima, con propósito real de reformar cuando no ha rendido los frutos esperados.

No puedo dejar de pensar si sirve la educación secundaria como base para estudiar periodismo. Filippi me dice:

—Teóricamente sirve, pero se nota que, más que los programas mismos de estudio, son los métodos de enseñanza los que cuentan y, sobre todo, la formación que el individuo recibe en su hogar.

Al preguntarle si no añora sus tiempos de periodismo activo, ahora que está en un alto puesto administrativo-técnico, responde con prontitud:

—El hecho de ser un profesional administrativo, en este momento, no me hace añorar la profesión activa pues he realizado una labor en el periodismo activo y ahora realizo una labor como asesor periodístico; labor que es directa e interesante lo que la torna apasionante por la variedad del trabajo ya que reviso una revista femenina, después una revista de actualidad, etc. Pero me gustaría reportear, aunque debo admitir que cada día tiene su afán y cada hombre tiene su época.

Para terminar le lanzo una pregunta personal: ¿Le gustaría que su hijo fuera periodista?

—Sí, me encantaría. Aquellos que dicen que no quieren que sus hijos sigan su profesión dan una sensación de frustración. A mi me encantaría que mi hijo fuera periodista. Me gustaría verlo trabajando, me agradaría verlo que se formara, que luchara y que se golpeara como me formé, como luché y como me golpeé yo. Sería un hombre feliz si mi hijo fuera periodista.